

Mujeres sin importancia

Por CONCHA CASTROVIEJO

Una de las más destacadas escritoras gallegas actuales, con Pura Vázquez, Luz Pozo Garza, Elena Quiroga, es Concha Castroviejo, que ejerce actualmente el periodismo en Madrid y que tiene entre su obra una espléndida novela, que creemos próxima a publicarse, sobre nuestra emigración política en México, país en el que residió hasta hace pocos años.

La señora Manuela, a la cual nunca conoció nadie por su apellido sino por el apodo que denotaba el origen familiar: "Groveira" (oriunda del Grove) era, en la primera época en que puedo recordarla, mujer de mediana edad; no opulenta, pero sí robusta a pesar de las buenas caminatas que le imponía su andar de feria en feria; bien parecida y enérgica.

La señora Manuela, "La Groveira", no puede ser citada ni por cualidades brillantes ni por hechos extraordinarios. Pero sí puede ser una muestra del empeño y la fuerza de las mujeres de su raza; quizá exponente de un tipo de mujer de altísimo valor y que nos hemos encontrado tan frecuentemente en cualquier lugar de Galicia.

La señora Manuela vivía en un pueblo de la costa cercana a Vigo. Ocupaba el piso bajo de una casa lindante con la carretera y en los bajos de la casa tenía una tienda, mitad pequeño almacén de paños y mitad mercería. Cada jueves y domingo salía camino de la feria correspondiente. Iba a pie, y los géneros, por medias piezas o varas, según el cálculo posible, exito de la venta, formaban el gran bulto que, envuelto en tela de hule y cubierto con percal rayado, llevaba en la cabeza. Llevaba, además, al brazo, una cesta de asa de dos tapas, con hilos y metros de puntillas. Y todavía, las más de las veces, tenía que sostener el enorme paraguas que le ayudaba a cubrir el puesto en los días de lluvia.

La señora Manuela que no era ni aldeana ni artesana ni podría encuadrarse en una determinada

clase, se vestía con traje obscuro de lana, largo; encima colocaba el pañuelo que era, en los días de feria grande, alfombrado de ocho puntas, después que hubo dejado atrás el largo luto que dedicó a su viudez. Más adelante, y a medida que las costumbres fueron cambiando, substituyó el pañuelo por chaqueta de paño o de punto. Era alta, robusta como he dicho, y de movimientos pesados, pero eficaces a pesar de no ser ágiles.

Cada día de feria, entre ida y vuelta, andaba sus buenos diez o más kilómetros y rara vez cuando las circunstancias de comunicación y horas lo permitían empleaba los camiones de transporte de feriantes de bultos y de gallinas. Casi siempre salía de su casa con noche cerrada, tomaba atajo por el monte, y llegaba a su destino antes que los camiones. Al llegar se posesionaba de su lugar de costumbre reservado más por acuerdo amistoso que en virtud de un derecho; sacaba de la taberna su tinglado de tablas y procedía a extender sus géneros. Si la venta se daba bien a las tres o cuatro de la tarde entraba en la casa de comidas a tomar una ración de pulpo o de bacalao con patatas, más algún guiso de carne o empanada y algunas tazas de vino que reconfortan el cuerpo después del trabajo. Si la venta se había dado mal se conformaba con caldo y compango.

Llegaba de regreso a su casa cuando anocheceía o con noche cerrada y se ponía a preparar la cena de sus hijos y a hacer las cuentas de la venta. A la mañana siguiente, a las ocho, te-



nía ya la tienda abierta después de haber ido a la plaza y despachado a los chicos para la escuela.

La señora Manuela lamentaba no tener más que hijos varones. De tener una hija hubiese contado con una ayuda casera. Pero a los hijos había que educarlos ante todo. Ella no quería que se metiesen en la tienda ni que anduviesen con las telas por la feria. Encontraba que eso no era cosa de hombres.

Entre tienda y ferias la señora Manuela sostenía la casa, criaba a los hijos, les preparaba para la vida y todavía ahorraba lo suficiente para ir mejorando los negocios. Se había quedado viuda antes de los treinta años. El marido tenía un cargo subalterno en el ayuntamiento lo cual le hacía creerse persona importante. Era un hombre delicado y pálido, de nariz larga que habían heredado los hijos. Un día le dió una pulmonía y se murió. "La Groveira", a la que entonces nadie llamaba "señora Manuela", sino Manuela, a secas, y que era una buena moza trabajadora y económica, admiraba mucho a su marido y le parecía que el ser tan delicado y usar lentes eran cosas propias de su condición superior.

Cuando se murió, ella se enfrentó a la vida y comenzó a sentar las bases de su sencillo bienestar. A los hijos se empeñó en darles un porvenir: a uno lo colocó en el ayuntamiento; ganaba poco, pero los domingos iba a tocar la corneta con la

banda municipal y sacaba unos reales más. Esto hasta que pudo interesarlo en un negocio de barcos que le aseguró el porvenir. Al segundo lo mandó al mar como entrenamiento previo a la carrera de maquinista. Al tercero se sabía empeñado en "darle estudios" así, en general, como ella decía. Pero el chico no quiso y se colocó como agente de un almacén de ferretería en Vigo donde empezó a ganar dinero.

X
y
a
(
h
a
c

En la época en que los hijos se colocaron la señora Manuela estaba retirada de las ferias y dedicada a la tienda. Había comprado la casa en que vivía y una huerta donde plantaba patatas y criaba un cerdo. Después empezó a colocar los ahorros en terrenos para poder dejar una herencia.

Con ella y ayudándola en la tienda estaba su hermana Camila que tenía un hijo tan listo y tan guapo que era el orgullo de las dos. El chico andaba a bordo de un petrolero y cuando llegaba con su uniforme galoneado y la gorra su madre no podía ocultar la satisfacción.

Camila no se había casado nunca. El novio había muerto en la guerra de Africa y ella se alegró del nacimiento de aquel chico que iba a ser un consuelo. Cuando empezaron a ver que era listo y dado al estudio quisieron que ingresara en un seminario, pero por aquello de ser hijo de soltera hubo mucha dificultad. Además el chico dijo que quería irse al mar. Y se fué. Después marchó a Ferrol a hacer estudios.

La señora Manuela no se quejó nunca de la vida dura que había llevado. Sentada en su tienda, ya con los años más gorda que robusta, haciendo tertulia o entretenimiento a los nietos, ella consideraba que había ido levando la vida como fué necesario. La vida la sacó adelante quizá mejor que lo hubiera hecho el nombre importante de su marido.

Logró una fortunita contando con los dedos y sabiendo leer y escribir por toda preparación.

Ella creía que no hizo nada de particular.